

CORREO DE MADRID

DEL SABADO 14 DE MARZO DE 1789.

Carta 18. Gazel á Ben-Beley.

Hoy si que tengo una extraña observación que comunicarte. Desde la primera vez que desembarque en Europa, no he observado cosa que me haya sorprendido como la que te voy á participar en esta carta; todos los sucesos políticos de esta parte del mundo, por extraordinarios que sean, me parecen mas faciles de explicar que la frecuencia de pleitos entre parientes cercanos, y aun entre hijos y padres; ni el descubrimiento de las Indias orientales y occidentales; ni la incorporacion de las coronas de Castilla y Aragon; ni la formacion de la republica Holandesa; ni la constitucion mixta de la gran Bretaña; ni la desgracia de la casa de Stuart; ni el establecimiento de la de Braganza; ni la cultura de la Rusia; ni suceso alguno de esta calidad me sorprende tanto, como ver pleitear padres con hijos. ¿En qué puede fundarse un hijo para demandar en justicia contra su padre? ¿ó en qué puede fundarse un padre para negar alimentos á su hijo? Es cosa que no entiendo: se han empeñado los sabios de este país en explicarlo, y mi entendimiento en resistir á la explicacion, pues se invierten todas las ideas que tengo de amor paterno y amor filial.

A noche me acosté con la cabeza llena de lo que sobre este asunto habia oido; y me ocurrieron de tropel todas las instrucciones que oí de tu boca, quando me hablabas en mi niñez sobre el caracter de padre y el rendimiento de hijo; ¡venerable Ben-Beley! despues de levantar las manos al Cielo, tapareme con ellas los oi-

dos para impedir la entrada á vocés sediciosas de jovenes necios que con tanto desacato me hablan de la dignidad paterna. No escucho sobre este punto mas voz que la de la naturaleza, tan eloqüente en mi corazón, y mas quando tú la acompañaste con tus sabios consejos. Este vicio europeo no llevaré yo al Africa; me tuciera por mas delinqüente que si llevase á mi patria la peste de Turquia; me verás á mi regreso humilde á tu vista, y tan docil á tus labios como quando me sacaste de entre los brazos de mi moribunda madre para servirme de padre por la muerte de quien me engendró. Si con menos respeto te mirara; creo que vibraria la mano omnipotente un rayo irresistible, que me redujera á cenizas, con espanto del orbe entero; á quien mi nombre vendria á ser escarmiento infeliz y de eterna memoria. ¡Qué mofa harian de mi los jovenes Europeos, si cayesen estos renglones en sus impias manos! ¡Quánta necesidad brotaria de sus insolentes labios! ¡Quán ridiculo objeto seria yo á sus ojos! Pero aun asi despreciaria el escarnio de los malvados, y me apartaria de ellos; para mantener mi alma tan blanca como la leche de las ovejas.

Carta 19. Ben-Beley á Gazel, respuesta de la anterior.

Como suben al cielo las aromas de las flores; y como llegan á mezclarse con los celestes còros los trinos de las aves, asi he recibido la expresion de rendimiento que me ha traído la carta en que abominas del desacato de algunos jovenes Euro-

peos hácia sus padres. Mantente contra tan horrendas máximas como la peña se mantiene contra el esfuerzo de las olas; y cree-me que Alá mira con bondad desde la altura de su trono á los hijos que tratan con reverencia á sus padres; pues los otros se oponen absolutamente al establecimiento de la sabia economía que resplandece en la creacion.

Carta 20. Ben-Beley á Nuño.

Veo con sumo gusto el aprovechamiento con que Gazel va viajando por tu pais; y los progresos que hace su talento natural; con el auxilio de tus consejos. Su entendimiento solo estaria tan lexos de ser útil sin tu direccion, que mas serviria á alucinarle. A no haberte puesto la fortuna en el camino de este jóven, hubiera malogrado Gazel su tiempo. ¿Qué se pudiera esperar de sus viajes? Más Gazel hubiera aprehendido, y mal, una infinidad de cosas: se llenaria la cabeza de especies sueltas; y hubiera vuelto á su patria ignorante y presumido; pero aun asi, dime Nuño ¿son verdaderas muchas de las noticias que me envia sobre las costumbres y usos de tus paisanos? Suspendo el juicio hasta ver tu respuesta: algunas cosas me escribe incompatibles, entre si: me temo que su juventud le engañe en algunas ocasiones; y me represente las cosas no como son, sino quales se le representaron: haz que te enseñe quantas cartas me remita, para que veas si me escribe con puntualidad lo que sucede ó lo que se le figura, ¿sabes de donde nace esta mi confusion, y esta mi eficacia en pedirte que me saques de ella ó por lo menos que impidas se aumente? Nace Christiano amigo; nace de que sus cartas que copio con exactitud, y suelo leer con frecuencia, me representan tu nacion diferente de todas en no tener carácter propio; que es el peor carácter que puede tener.

Señor Editor Muy Señor mio: el proyecto del Diccionario Militar, que indicó

en el Correo de Madrid el Militar Ingenio, y de cuyas materias, como el método de tratarlas, dió alguna muestra, definiendo las voces Antiguedad, Ascenso, me parece digno de que lo lleve á debido efecto una nacion ilustrada, y que necesita ser guerrera, si ha de mantenerse haciendo frente á las que tienen no poco interés en desmembrar de sus vastas posesiones algunos paises, de cuyas producciones, puertos y situacion necesitan para el logro de sus extendidas ideas de poder y de comercio.

Viendo pues que no sigue aquel escritor, y con el fin de aydarle, ó á lo menos de animarle, dirijo á Vm. la definicion de la palabra *Batalla*, que es una de las mas dignas de atencion en la letra B: definicion que he trabajado al gusto de las del Militar Ingenio con el objeto de que, si me salen tales que merezcan la atencion de Vm. esta y algunas que pudieran ocurrirme, pueda añadirlas á las suyas el citado Ingenio Militar.

Saluda á Vm. con todo afecto su apasionado y puntual suscriptor. E. M. I.

PARA EL DICCIONARIO MILITAR.

BATALLA se dice el choque, conflicto, ó esfuerzos con que dos exercitos contrarios procuran destrozarse con el fin de quedar dueños del terreno ó campo, y como por consecuencia, de las provincias y plazas espuestas á la libre incursion y adquisiciones del vencedor, que no tiene ya contra sí fuerzas que se atrevan á oponersele.

Los recursos; la actividad, los ardides y el conocimiento exacto del terreno; la colocacion ventajosa en el de las distintas armas ó cuerpos que forman cada exercito: el uso oportuno y movimiento de las tropas con atencion á la calidad de estas, y situacion de los enemigos: el reemplazo de las derrotadas: el rehacer y conducir nuevamente á la formacion y ataque las fugitivas: el preparar apoyo para una forzosa retirada: el disponer hospitales, su seguridad y la de los almacenes para todo

evento: la presencia de espíritus que se necesitan para determinar con serenidad, según las circunstancias de la pelea, y para sacrificar, quando lo exijan el bien del exercito y la gloria de la nación, su persona y . . . algunos cuerpos escogidos, reservados para los mas arduos lances: el saber usar de la victoria: el menesteroso, y elocuente arte de infundir confianza y valor á todas las clases de sus subordinados, aun en el abatimiento de una lastimosa pérdida: el glorioso recurso de saber salvar los restos del derrotado exercito con una bien combinada retirada hacia algun puesto ó plaza, y elegida de antemano en su imaginacion, y preparada para evento semejante: la política indispensable para mantener, á pesar de todo, en la obediencia al príncipe y quietos á los pueblos, que abandona y por donde pasa en su retirada: el necesario delicado arte de servirse de espías y de procurarias; y el de los forrages en fin, modo de subsistir el exercito, y el de tomar los campamentos, que antecedan y siguen á la decisiva accion, con los no fáciles medios de disciplinar antes las tropas para que sean útiles, forman un cúmulo de atenciones y conocimientos, que debiendo ser objeto del alma de un General en el caso de una batalla, antes y despues de ella, manifiestan la grandeza, extension, energia, viveza, trascendencia, finura, serenidad y fondo inmenso de la de un general que merece este nombre, y nació tal por un esfuerzo de la naturaleza, tarda en producir entes tan privilegiados. ¿Y ha podido creerse que sin cultura, sin esmero en la educacion, y sin un particular cuidado en elegir los sujetos en quienes centellean y se traslucen rafagas de aquel fuego divino y talento enciclopédico, que son el anuncio de este esfuerzo y costosa produccion de la naturaleza y de los siglos, se logran los generales y heroes que nos sorprenden y admiran?

Yo me figuro á un General (quando merece este nombre) en un día de batalla dueño del destino, y como seguro de un éxito el mas feliz. A la cabeza de un exer-

cito (disciplinado por su esmero) adelantarse al abrigo de una escogida escolta, y rodeado de sus ayudantes de campo y algunos de sus Generales subalternos, á examinar la situacion del enemigo empleado en formar perezosamente, ó formado ya en batalla para recibir á sus contrarios, que vienen marchando en columnas solidas, ó de la menor posible prolongacion; y atentos á obedecer las señales convenidas, y las ordenes de su Gefé, alma y disponedor de los fáciles rapidos despliegues, que han de dar la pronta formacion de la batalla proyectada: la sorpresa y difícil remedio del enemigo: el ataque obliquo: la mayor extension del ala que ha de envolver á la opuesta de su contrario; y la victoria en fin de las disciplinadas tropas (que maniobraran en medio de la accion, segun se las mande con relacion á las circunstancias y variaciones del combate) igualmente que la gloria del General y la utilidad de su patria.

¿ No hemos visto realizada en las guerras del grande Federico II. con la casa de Austria, y con las fuerzas combinadas de las mayores Potencias de Europa, esta pintura? ¿ No escribian á sus cortes los Generales sus enemigos, admirados de ver que en medio del fuego, en los terrenos mas asperos y en lo mas sangriento del combate maniobraban las tropas Prusianas como en una plaza de armas? ¿ No es cierto tambien que sus batallas obliquas le dieron los laureles y gloria que exceden á la de los mas famosos Generales de todas las edades? ¿ No lo es igualmente que la se vera exacta disciplina de las tropas Prusianas hizo inútiles las sorpresas, que pudieron padecer, y que reunidas prontamente despues de una batalla perdida, quedase por ellas la victoria, que se les habia huido al principio del choque?

¿ No es patente á todos del mismo modo que aquel crecido número de grandes Generales, de Oficiales aptos y de extraordinarias qualidades, fue consecuencia de un esmero el mas prolijo en examinar el talento de estos individuos, el como de sus servicios y no el quanto, y de una preferencia

dada á los que en los encuentros de la guerra, en los campamentos de tiempo de paz, y en lo diario del servicio manifestaban aquella actividad y disposicion, que son el anuncio de los genios y almas superiores capaces solas ellas de abrazar los complicados objetos, que deben serlo del que merece el nombre de General?

Y despues de esta prueba, de esta verificada teoria y del ventajoso logro de la disciplina, de la exactitud y del acierto, que supo fijar en su exercito el grande Federico ¿ hay aun naciones que presumenten ser tropas utiles é invencibles en una campaña y para la guerra mesterca é importante, despreciando y queriendo (¡ insulso intento !) poner en ridiculo los evidentes principios y las maximas, que son la esencia y todo el fundamento del difícil arte de la guerra ? ¡ Que triste y funesto engaño les aguarda quando la voluntad y el confiado torpe lenguaje de los desaplicados, y no obstante solicitadores importunos de mandos, no basten á detener los movimientos rapidos y la marcha de un exercito disciplinado y victorioso, que se extienda por las provincias, ahuyentando los desordenados escasos batallones, que no podrán, ni se atreverán á hacerle frente por ignorar el modo de formar cuerpos y de maniobrar juntos sin confusion y arregladamente!

Señor Editor. Muy señor mio y mi venerado dueño: si el Señor hubiera sido servido de darme (para recurso mio: en urgencias como la presente) una abuela tan curiosa y glotona de refranes como la que se dignó por su gran bondad de señalar á nuestro insigne Aleman, me veria Vm. ahora empezar á ensartar tantos y tan muchos, que tal vez llegaria á fastidiar tanto ó mas que este señor quando hace lo mismo. Contentareme con un solo que tengo presente oportuno á mi asunto, *si los tontos no tuvierán lengua menos honras padecieran mengua*. Porque (hablando ya del objeto de mi carta) ¿ que otra cosa es responder, criticar ó impugnar irrefundamente

á un autor ocultando la cara (y descubriendo la malicia, rencor impolitica y miedo) sino querer deslumbrando á los lectores poco reflexivos hacerles formar un concepto muy errado de la literatura, carácter, provida &c. del impugnado inocente recto y bien intencionado? No es otra cosa mi amado Editor lo que á hecho el autor de la carta inserta en su Correo del Miércoles 28. de Enero, ni ha sido otro su objeto que malquistar en lo general de este pueblo, aun sugeto de cuya erudicion, modestia y zelo patriotico, está todo él cerciorado, y que no ha ocultado en ninguno de sus escritos (que á esta hora los publicados y admitidos con general aceptacion no son pocos, y me consta que los inéditos son muchos mas) su nombre, carácter y dictados que le hacen el honor que no le harian seguramente al buen Corribo los suyos que no ha querido publicar. De qualquier modo, señor Editor, en el teatro de la justicia y de la moderacion, no deben tener lugar escritos de autores, á quienes pofen la pluma en la mano sin malos principios de inteligencia y modestia.

He procurado por quantos medios me han sido posibles saber el paradero actual del tal Don Juan, lo que no he podido lograr tomando las mas exactas noticias de todos los vecinos de la Villa de Arriate, donde el buen hombre fixa su residencia. Me aseguran todos en el lugar, que ni ha habido ni hay ni habrá tal Alcalde Corribo, añadiendo que se guardarian muy bien de elegir para juez á un hombre que no admitirian ni para Escribano.

Omito el contestar, como pudiera hacerlo á todos los puntos de la tal carta, firmemente creido en que el sugeto á quien directamente tocan é interesan lo hará mejor que yo, si no es que (como desde ahora le aconsejo) se hace cuenta de el mas que nuevo prudente proverbio, *á palabras necias oidos sordos*.

Vm. que me conoce verá que mi fin no es otro que el de que no vuelva á oír tonar en boca un hombre desconocido sin

principios ni fines, á un sugeto del mérito y circunstancias del señor Don Juan de Rivera, con quien ninguna relacion de amistad ni otros respetos me liga para alucinarme quando hablo mas que en su favor, en su justicia. Siempre es de Vm. su irrevocable amigo. Q. S. M. B. Rondá y Febrero 6 de 1789. Don Jayme Rufo y Versís.

Al señor Don Juan Melendéz Valdés, entre los pastores del Tormes Batilo.

De las que el dulce canto suavemente influyen doctas hijas del Supremo Jove y Mnemosiné, envidiosas temo que rehusen de laurel ornar tu frente,

Viendo jó Batilo! quan divinamente tu dulzura resuena hasta el extremo que cortó de Pierides el blasfemo desafío vencida dulcemente.

Mas de tu lira al eco melodioso olvidará su citara dorada el gran señor de Delo y publicado.

Será del que en el suelo aventajada no puede de otra ser, viento gozoso que por ella con el te has igualado.

Delino. J. V.

C A R T A.

Yo aquel que dias pasados brevemente del origen hablé de los calzados para desengañar tan solamente á varios en tal punto preocupados; sin temor de que hablasen baxamente quatro *pseudo-eruditos* muy preciados; hoy para darte gusto mi Don Lucas, levanto el vuelo y hablo de *pelucas*.

Señor Don Lucas Aleman y muy señor mio: no sería razon que tuviese á Vm. suplicandome con las minas cruzadas una cosa sin que procurára yo servirle en quanto alcanzasen mis fuerzas. Pero no puedo menos de manifestar á Vm. que extraño mucho su proposicion, y que dixé: ¿para qué querrá Don Lucas que habie yo de pelucas quando es una cosa tan

lejana de mí? Y en efecto, porque sin ser zapatero hablé de calzados, para eso los gasto; pero en quanto á las pelucas ni soy peluquero, ni las he gastado jamas; y es de creer, que Vm. pudiera hablar de ellas mejor que yo como que la gasta, ó á lo menos haber preguntado á sugeto de la misma clase, que le hubiera servido mejor que yo. No obstante por no dexar de servir á Vm. en la primer cosa que me encarga, fuera ceremonias, tomo un polvo; toso y escupo, y manos á la obra; protestando, que si hubiera podido haber á las manos cierto librito, que yo me sé, era posible que Vm. hubiese quedado del todo satisfecho; pero pues no lo ha sido el hallarle, haré lo que pueda, y sino acierto á contentarle, que xese de sí, y escarmiente para no dar en adelante semejantes encargos á quienes no puedan acertar á desempeñarlos.

Este nombre *peluca* (sabrà Vm. muy bien) que antes se tomaba por la cabellera larga, ya fuese natural ó artificial, y que los latinos la llamaron *coma* y *caesantes*; por cuyo motivo se dixo *Gaula Comata*, porque entre los Gaulas era uso el llevar largas cabelleras, las que les quitó Julio Cesar, despues de habéles quitado la libertad. Si Vm. me hubiera dicho que hablara de cabelleras ó de peinados naturales ó supuestos, ¿valgame Dios, y que de cosas digera yo ahora así de los Hebreos, como de los Griegos, de los Romanos, de los Citas, de los Gaulas, de los Francos y hasta de nuestros Godos! ¿qué erudicion no vertiera! pero pues solo me pide que hable de los cabellos supuestos, que ahora entendemos por pelucas, no me queda mas que dexarlo á un lado, y decir con el señor Durandarte, paciencia y bajarar.

Supuesto pues que por pelucas entendemos lo mismo que cabellos supuestos, para imitar lo que llamamos pelo propio; podemos decir, que no fueron absolutamente desconocidas de los antiguos. Es verdad, que entre las estatuas, que nos han quedado de la antigüedad, no

se ve señal de ellas; y que ni el sabio Monfaucón nos ha dado noticia de haberlas hallado; pero Marcial y Juvenal ridiculizan en sus obras á varias matronas y caballeros que llevaban cabellos postizos. Asimismo Herodiano nos describe la cabellera, que gastaba el Emperador Cómodo, (postiza se entienda) que se le preparaba con una especie de pomada, y despues la llenaban (como hoy de polvo blanco) de polvo de oro (porque entonces el color roxo era el mas de moda: y vaya esto de paso) con lo qual parecia, quando estaba al sol, que toda su cabeza era de fuego. El gasto de los añadidos ó de cabellos prestados era tambien muy del uso de las mugeres, para hacerse los peinados sumamente altos, en los primeros siglos de la Iglesia, pues vemos que San Gregorio Nacianceno y Tertuliano, las reprehendían este abuso.

Pero como que todas estas cosas no son del todo semejantes á las pelucas, que hoy entendemos, se puede fixar su primer época un siglo ha poco mas principalmente segun están hoy, y Francia el lugar donde tuvo su nacimiento desde donde se fue extendiendo su uso, así como el de otras mil invenciones suyas por todo el resto de la Europa. Al principio fue muy poco el uso que se hizo de ellas, pues hasta los años de 1624, ó 1627, no fueron reputados sus artífices por dignos, ó por suficientes para la formación de un gremio. Yo no sé quien fue su inventor hasta ahora, y advierta Vm. de paso mi ingenuidad, pues posible fuera hallar persona que no lo confesara. Solo á la necesidad ingeniosa, creo que se le podrá dar esta gloria.

No es de estrañar, que al principio no fuesen muy bien recibidas. Habia habido en Francia la costumbre en tiempos anteriores de llevar corto el cabello; tanto que Pedro Lombardo le hizo cortar Luis VII. su discipulo, y un Obispo de Amiens bastantes años despues hizo cortar á ciertos juvenes, que habian

dexado crecer el cabello, y le llevaban tendido, y muy rizado. Despues se habia ido variando este uso, y el que no era calvo gastaba el pelo largo, sin que hubiese el arte socorrido este defecto. Los juvenes tampoco se atrevian á llevarlas por una especie de vergüenza; á causa de que la falta del cabello en aquella edad era atribuida á cierta enfermedad, cuyo nombre solo sirve de reprehension. Los hombres de letras tampoco la usaron; ya por parecerles un adorno nada necesario; ó ya por no degradarse de la opinion de los otros, viendolos ser casi los primeros, que corrían tras de la moda; pero no tardó mucho esta Señora en superar todas las dificultades, y en deshacer estos escrúpulos, de suerte que en poco tiempo se vieron usar de peluca desde el mas viejo hasta al mas joven, y desde el grande al artesano, renunciando todos sin necesidad, y solo por servir á la dicha Señora, á las comodidades de un pelo propio, y de una cabellera natural.

Las primeras pelucas, que se hicieron en Paris por los años de 1620 se componian de pocos cabellos pasados uno por uno por medio de una aguja al través de un ligero gorro, para imitar mejor la naturaleza, y todas estaban en forma de casquete ó solidéo. Inventaronse despues las trenzas ó pelucas de trenza, cuyo uso duró bastante tiempo como que esta invencion industriosa era capaz de enganar los ojos, y parecia natural. No obstante la sugesion á la moda llegó (como dexo apuntado) á arrastrar tras de sí á los hombres mas sabios, obligandolos á esconder la cabeza dentro de un bosque de cabellos largos y rizados hasta no mas, cuya pesadéz es preciso que incomodase mucho.

Hecho pues universal (como queda dicho) el uso de las pelucas, y hecho moda el cortarse el pelo, y ser pelones, (asi como lo fue en este siglo entre nuestras damas,) demas seria el añadir, que estas se fueran multiplicando en diferentes especies. Mr. Menage publi-

có por este tiempo una sátira contra las pelucas, en la que dice: *cierto que es de grande utilidad el gastar peluca, quando uno tiene que estar delante de un Señor en cuya presencia es necesario estar descubierta; pero para qué D... gasta tantas, que una lleva en el campo, otra en la ciudad, otra para los negocios otra para el paseo?* En efecto aquella de las trenzas, creo que es la que llamaban *financiere*; á la otra que parecia un bosque de rizos y pelo, se la llamaba *Quarré*. Habia tambien la que llamaban *nudosa*, á causa de tener varios nudos con los que apretaban y recortaban la frente y rostro. Siguiéron despues las pelucas á la *Española*, (el principio de cuya denominacion le callan los AA.) las quales eran mas ligeras y cortas, pues solo llegaban á los hombros. Hubo finalmente las que llamaron *naturales*, que tenían poco rizado, y poco pelo; á las quales se fueron añadiendo otras, conforme se fueron inventando y no dudaré el decir, que siempre la ultima invencion sería reputada por la mas util, la mas cómoda, y mas ayiosa.

Hasta para los Clerigos se hicieron, los quales no se desdenaron de llevarlas tampoco, y tambien rizadas y empolvadas, que no les faltaba nada para petimetras. Esto dió motivo á Mr. Thiers, sabio Bachiller de la Sorbona, que murió á principios de este siglo, para declamar fuertemente contra este abuso, y probar con sólidas razones sus perjuicios en la *Historia de las pelucas* (vea Vm. el libro, que yo decia) probando, que solo por necesidad podian gastarlas.

Si pasamos ahora á esta parte de los Pirineos, podemos decir, que no fueron conocidas hasta aquel tiempo poco mas ó menos, que dexamos anotado; ó por mejor decir quando trocaron nuestros antepasados la ropilla y greguesco en el traje á la francesa. Porque si hacemos reparo en los retratos, así de nuestros Reyes, como de los demas antepasados nuestros, vemos á unos con el pelo suelto, á otros pelones,

y á ninguno con peluca. Es verdad que el del Conde Don Bernardino de Rebolledo se ve con una especie de peluca semejante á la que dixé, que se estiló en Francia llamada *Quarré*, pero sabemos que tenía este caballero el pelo propio, largo y muy crespo; y lo mismo sería de algunos otros mas antiguos, si es que se hallaren. Así si acaso antes de la moda francesa ó antes del traje francés se usaban algunas, serian sin duda compuestas de varios cabellos sueltos, sin pomadas, rizos, sebo, ni polvos, ni demas zarandajas.

En efecto pues hasta los principios de este siglo no se introdugeron las pelucas en el pie en que hoy están; y conforme fueron inventandose allá otras nuevas pasaron inmediatamente los Pirineos y se establecieron en este continente. A mediados del mismo, si que reynó el prurito de llevar peluca, de suerte que creo que hasta los compradores la llevaban. En los niños de diez y doce años no cabe duda, pues aunque yo no lo conocí he visto varios retratos de sugetos de esa edad, que no me dexarán mentir. Entónces fue quando se usaron las redondas, de moños &c. que Vm. sabrá y que por tanto no me detengo á numerar.

Ya hoy no sucede así. Aquellos caballeros que son los que nos traen las modas, como que fundan su comercio en la veleidat humana, han hecho casi abandonar ya la peluca, y gastar el pelo propio, lleno de sebo, quando no alcanza, ó con el auxilio de los añadidos exceptuando algunas pocas personas, (pocas digo, respecto de la pluralidad de los otros) que ó por no aguantar las faltas y embustes del peluquero, ó por gusto particular, ó por necesidad, la gastan en el dia. La gente vulgar tiene á las gentes de peluca y gorro por gentes de gravedad; y tal vez por sabios; pero entre los sensatos no para la peluca mas que como una señal de no tener pelo; no de otra suerte, que los anteojos, los quales no han

sido considerados en España á pesar de la credulidad del Presidente de Montesquieu mas que como una falta de cortedad de vista, menos el día de hoy; en que se gastan por moda y no por necesidad.

Conclui, Señor Don Lucas, y si acaso no llené su deseo, aguarde á que la enciclopedia le dé el artículo de ello, bien que no deberá por eso desestimar el afecto de agradecerle; y tengo el honor de ser su mas afecto y apasionado servidor y paisano Madrid y Febrero 28 de 1789. D. J. P. I.

P. D. Si acaso oyere Vm. decir á qualquiera de esos criticos adustos, que á todo tuercen el gesto, ó de aquellos que todo lo gradúan por miserable, y digno de desprecio, que así esta materia, como la otra consabida, mas parece puerilidad, que asunto digno de la atencion de qualquiera, sírvase Vm. de decirles en mi nombre, que todo se debe saber, y que varios AA. mas sabios sin duda que esos Señores y yo, no se desdeñaron de tratarlos, sin que por eso nadie les haya tachado, ni hayan perdido nada de su reputacion: como asimismo, que muchos sabios Griegos, Latinos, y Españoles &c. han escrito de otras cosas mas despreciables, y de menos instruccion sin que por eso dexen de ser leidos y alabados.

Poesia bucolica á la ingratitud de Filis.

IDI L I O.

Sentada estaba Filis
 en un ameno prado
 de flores matizado,
 habitacion frondosa de Amarillis.
 Con su mano graciosa
 ya una rosa cortaba,
 ya un clavel deshojaba,
 ya á una abeja ahuyentaba temerosa
 á las flores vecinas,
 las otras mas distantes

embidiaban amantes
 obsequiosas y finas;
 pues á ninguna de ellas la pesara
 estar donde su mano la alcanzara.
 A veces con despejo
 un pájaro espantaba,
 y á veces con gracejo,
 la mano atravesaba
 en alguna corriente,
 y el agua detenía blandamente.
 En esto se empleaba,
 así se divertía,
 así pasaba el día,
 y pacíficamente reposaba;
 mas yo que la miraba
 de amor, y pena lleno,
 al ver mi triste seno
 con tan duro quebranto,
 exclamé: ¡cielo santo!
 haced que ella me quiera,
 y que de penas muera,
 como yo estoy pensando,
 ya que ella de mi amor se está burlando.
 A este punto llegaba
 de mi razonamiento,
 quando mirando atento,
 vi que se levantaba;
 yo quedé sin aliento,
 al ver que con ligera planta esquivaba,
 por el valle se iba;
 y aumentando su fuga, mi tormento,
 con las echadas flores de su asiento,
 que por irla mirando,
 poco á poco se fueron levantando;
 ellas en pie otra vez, de aquesta suerte,
 esperando su vida, y yo mi muerte,
 quedamos á porfia,
 á ver si vuelve Filis otro día
 á hacer de ellas asiento,
 y á duplicar ingrata mi tormento.
 F. G. S.

Nota. En parte de los exemplares que se tiraron del Correo del Miércoles 11 se puso por equivocacion 204 debiendo ser, como se corrigió en los restantes de la impresion 240.